

# Mi vida en la UPN: Testimonio de superación y servicio

María Maribel Uicab Martínez\*

<sup>1</sup> Universidad Pedagógica Nacional

## 1. Introducción

Mi nombre es María Maribel Uicab Martínez. Nací en la ciudad de Mérida, Yucatán, pero fui registrada en los primeros días de nacida en el Puerto de Sisal del Municipio de Hunucmá, por lo que me considero cien por ciento sisaleña, y a mucho orgullo.

Tuve una infancia con muchas carencias económicas, ya que mi padre era pescador y mi madre ama de casa, siempre trabajando en las labores del hogar: entregando tortillas hechas a mano, lavando ropa ajena, vendiendo donas, cremitas y más para ayudar a mi padre a alimentarnos. Soy la tercera de 7 hermanos de sangre y uno adoptivo.

Desde la edad de 7 años fui entregada a una tienda para que los dueños, que no tenían hijos, me pagaran mis estudios de primaria a cambio de trabajar con ellos. Estoy muy agradecida porque gracias a ellos aprendí a trabajar en una tienda, y lo hacía muy bien. Después de terminar la primaria, tenía la ilusión de seguir estudiando, pero mi papá se opuso en ese tiempo porque decía que para qué, si ya sabía leer y escribir. Mi madre me apoyó y me inscribí en la secundaria en el municipio de Hunucmá. Para poder costearme mis estudios, ya me solicitaban para trabajar en otras tiendas porque era buena en ello. También llegué a tener dos trabajos al mismo tiempo: con mis padrinos de bautizo en un puesto de pescado, donde trabajaba de 7 am a 4 pm, y después me trasladaba a otro trabajo vendiendo boletos de la feria del puerto hasta las 12 de la noche.

A pesar de todo lo que aquí comento de mi infancia, fui una niña y adolescente feliz, siempre alegre, bailadora y muy popular. Nunca me consideré pobre porque comía pescado diario y tenía comida. No sabía qué era tener fiestas de cumpleaños o regalos de navidad, entonces no me hacían falta. Cuando me di cuenta de que existía otra forma de vida fue al llegar a la ciudad y ver cómo vivían mis primos, a quienes todo les daba mi tío. Nunca envidiamos nada, porque mi madre y mi padre nos enseñaron siempre a trabajar por lo que queríamos.

En la ciudad de Mérida estudié mi carrera comercial como secretaria. Yo siempre quise ser maestra, pero no se podía porque no contaba con los medios económicos y porque tenía que buscar una carrera corta que yo me costeara para poder trabajar y apoyar a mis padres. Laboré en empresas privadas y llegué a ser gerente de una empresa de mangueras de autobuses. Me casé y, teniendo a mi primer hijo, me quedé sin trabajo. Me liquidaron y decidí dedicarme a los quehaceres del hogar, pero mi marido era músico y no daba para sostener nuestro hogar, por lo que decidí que estar en casa no era para mí.

Mi aventura en el sistema educativo comenzó aproximadamente en el año 1983, cuando mi tío Arturo Martínez Solís, quien estaba en el comité sindical de la Sección 33 del SNTE en la época del Secretario General Omar Lara, me invitó a colaborar en el sindicato con un apoyo solamente para mi transporte. Me dieron la oportunidad de vender ahí mi ropa y calzado que tenía como emprendedora. Colaboré en el sindicato casi 3

Como citar: RRodríguez VelascoA. M. (2024)

De las montañas al mar: el encuentro con mi vida , (2)2, [Nueva época] 112-116

Recibido: 21 de julio de 2024. Aceptado: 23 de agosto de 2024

años, y cuando ya me iba a tocar una plaza en Educación Básica, me llegó la invitación de una compañera, Lucy Ortiz, quien me había enseñado a trabajar en la Oficialía Mayor del sindicato.

Lucy me dijo: "Mi hermano fue nombrado director de la Universidad Pedagógica Nacional y le urge una secretaria, ¿no te interesa?" Le comenté que ya me iba a tocar mi plaza, pero quién sabe a dónde me mandarían y tendría que dejar a mi hijo con mi mamá. Me explicó que era un contrato de medio tiempo y que a mediano plazo se podría volver una plaza de base, además de que iba a ganar el triple de lo que nos daban en el sindicato. "Piénsalo, pero tienes que responder a más tardar mañana porque mi hermano se va a México y tiene que llevar la propuesta", me dijo.

Yo siempre he dicho que soy mujer de decisiones firmes y pensé: "Lo que quiero es trabajar y no descuidar a mi hijo, y voy a estar en la ciudad". Que sea lo que Dios quiera, por algo me lo puso en el camino. Sin pensarlo, le avisé al maestro Enrique Yanuario Ortiz Alonzo, a quien tengo mucho que agradecer por la confianza y la oportunidad de colaborar en la UPN. Él mismo vino a mi casa sin conocerme a buscar mis papeles y elaborar la solicitud porque en la tarde salía su avión.

Mi tío ni siquiera sabía de la decisión que había tomado, y qué sorpresa me llevé cuando llegué un sábado a la UPN y me encontré con él, que era maestro de esta casa de estudios con una plaza de base de 4 horas impartiendo la materia de Matemáticas. Me dijo: "Hija, si es tu decisión, adelante. Aquí vas a hacer futuro". Y no se equivocó. Comencé a laborar en la UPN cuando las oficinas se encontraban en el barrio de San Sebastián, un 1º de octubre de 1986, con un contrato de Proyectos Estratégicos. Me tenía que trasladar a la Escuela Normal Rodolfo Menéndez de la Peña apoyando a los maestros que estaban dando una especialización; ahí conocí al maestro Macedonio.

Fue una sabia decisión la mía. Ingresé con secundaria y carrera comercial, pero con muchas ganas de superarme y aprender. Me encontré

con gente muy difícil que, por haber ingresado por recomendación del director, me puso muchas piedras en el camino. Sufrí lo que ahora llaman bullying: me juzgaban por mi forma de vestir y por mi relación con los maestros, hablaron de mi persona, pero eso no me hizo bajar la cabeza. Al contrario, para mí fue un reto.

No todo fue malo; también hubo personas buenas y amables como mi compañera María de Jesús Coronado Peraza, quien siempre me acogió con amabilidad y me enseñó el trabajo que ella hacía. Colaboré con ella en titulación, me enseñó control escolar, a manejar la biblioteca y venta de libros. También conté con el apoyo de Aurora Cárdenas, que llevaba la nómina y la contabilidad de la jefatura administrativa, y me enseñó para que yo la supliera cuando salió de maternidad.

En el edificio de la 70 no se me olvidan las escapadas a comer panuchos al Mercado de San Sebastián y también el rico pan que compraba el Mtro. Mario H. a la hora del cafecito en la tarde. Estuve a punto de perder hasta mi matrimonio porque el trabajo era muy demandante: había muchos eventos regionales y siempre estaba dispuesta a apoyar donde se me indicara. Tenía que viajar a las subsedes a inscribir junto con mi compañera Aurora.

La Universidad me cambió la vida. Tuve buenos maestros de vida de los cuales aprendí mucho: no a pelear, sino a luchar por mis derechos laborales y prestacionales. Les comento una situación que me pasó y que me motivó a informarme de lleno sobre los derechos que tenía como trabajadora de base. Me basifiqué después de 3 años, en 1989. Los primeros 5 años de base tenía derecho a cobrar un estímulo y, por ignorancia de mis derechos y egoísmo de una personita, perdí ese primer estímulo. Me dije: "No me vuelve a pasar".

Me comencé a involucrar en el comité delegacional: primero como secretaria de finanzas, luego como secretaria de conflictos y fui secretaria general. Representé a los trabajadores docentes y no docentes en los congresos del sindi-

cato, fui consejera varias veces, también fui nombrada en varias ocasiones para ser parte de la comisión mixta de escalafón del personal no docente, así como de la comisión del Congreso Nacional Universitario.

En este camino tuve dos buenos mentores: el Mtro. Macedonio, mi admiración y respeto, porque de él aprendí a conocer qué era la Universidad Pedagógica Nacional. Siempre me contaba la historia y la creación de la UPN, cómo se creó y cómo se luchó para tener nuestros derechos laborales. Del Mtro. Justo González aprendí a conocer nuestros reglamentos y derechos laborales, y siempre he admirado su ideología y lucha por los trabajadores y el respeto a los alumnos.

En su gestión logramos la basificación de la primera plaza administrativa por herencia, que fue la de Diego. Con el maestro Macedonio se basificaron las primeras plazas de confianza. Hicimos plantones en la secretaría y en palacio exigiendo el respeto a nuestros derechos laborales. Logramos vencer muchas veces las injusticias laborales y otras se quedaron en la historia, pero me siento orgullosa de siempre luchar con honestidad y transparencia. En las discusiones siempre nos tratamos con respeto aunque coincidíamos en nuestra ideología y principios; también tuvimos fuertes debates cuando no pensábamos igual o teníamos distinta opinión, pero con respeto y tolerancia.

Estuve asignada en venta de libros 7 años. Fue cuando nos acabábamos de pasar al edificio de Vergel, que se llenaba la escuela los fines de semana. Teníamos que prestar la secundaria del fraccionamiento porque había mucha demanda de alumnos de Plan 79, Plan 84, Plan 90 y otras licenciaturas, maestrías y diplomados. Se vendían los paquetes de libros a los estudiantes. En ese tiempo me embaracé de mi segunda hija y siempre conté con el apoyo de mi compañero Luis Almeida y Rita Gómez en el turno de la tarde. Ellos me ayudaban a empacar libros y a mover cajas. Hacíamos de todo: aprendimos a manejar el estencil, la engargoladora y otros equipos de esa época.

Después estuve en recursos humanos y en la coordinación de las maestrías por varios años, teniendo en ese tiempo como coordinadores al Mtro. Manuel Mercader, Mauricio Robert, Erick Castillo y Lucelly Ortiz. Con cada uno de ellos colaboré siempre con entusiasmo y admiración porque aprendía algo nuevo de cada uno. En ese tiempo tuve la necesidad de aprender a manejar una computadora y me pagué mi diplomado de computación porque quería estar a la altura de la responsabilidad que tenía a mi cargo. Recuerdo con mucho cariño igual al Mtro. Luisito Monsreal Oxe.

También fue coordinadora la Mtra. Martha González en la maestría a distancia y en Desarrollo Curricular. En otro momento también fui su secretaria cuando fue subdirectora y como coordinadora de la LIE. Siempre admiró mi trabajo y responsabilidad.

En la primera etapa que el Mtro. Juan Ramón fue director, colaboré con mi amigo Marcelo Pérez Rodríguez en la jefatura administrativa. Aunque no tuve un documento que dijera que era Jefa administrativa, ese era mi trabajo. Posteriormente entró la contadora Saudí, a quien capacité, y también tuve a una chica que entró a hacer su servicio social y sus prácticas profesionales, muy lista, que aprendió y fue mi mano derecha: Leydi.

En la dirección del maestro Eudaldo Ceballos (+), estuve nuevamente en la Subdirección Académica con el Mtro. Justo González Zetina. Me he desempeñado en control escolar en LIE, Maestrías y la Lic. en Pedagogía. Estuve por casi 7 años como responsable de Becas y fue una de las etapas que más disfruté, porque me gusta apoyar a los jóvenes. En ese tiempo casi todos los jóvenes tenían becas, y tener esa responsabilidad me dio la oportunidad de relacionarme con gente de la Secretaría y de becas.

Otra etapa que extrañaré mucho en mi paso por la UPN fue que en el año 1995, después del fallecimiento de un compañero y amigo, Miguel Ángel Parra Gutiérrez, implementé como usos y costumbres en la UPN poner la mesa de difuntos

cada año. Cuando inicié, recuerdo claramente que mi suegra me ayudó a hacer los pibes y los enterramos en la parte donde actualmente están los baños de los estudiantes. Ahí se hizo el hueco para enterrarlos, y en esa época mi padre Marcelino Uicab, que tenía un puesto de Coca-Cola que era nuestra cafetería, nos ayudó a preparar todo. A partir de ese año, mi suegra Rita Ceballos nos preparaba los pibes para nuestro altar y degustar en armonía y compañerismo. Desde entonces hasta el día de hoy no he dejado de honrar a nuestros compañeros que se nos han adelantado, que por cierto ya no caben en mi mesa porque ya son varios. Creo que ahora que me retiro, algunos me recordarán por el atole de coco que cada año les comparto con mucho cariño.

Al mencionar el puesto de Coca-Cola, recuerdo que una vez hicimos la fiesta de navidad para los hijos de los trabajadores y el compañero Abel, intendente, se vistió de Santa Claus. Todos cooperamos y se les dio juguetes, dulces y perros calientes a nuestros hijos y los niños de la colonia, que mi papá preparó en el puestecito. En otros años, el compañero Luis Almeida preparaba sus bolsitas de dulces para los niños que venían a la biblioteca.

En este camino de 38 años (3 de contrato y 35 de base), tuve compañeras y amigas. No podía dejar de mencionar a las "3 lobitas", como alguien por ahí nos nombró, pero ese apodo o sobrenombre nos unió más en amistad y compañerismo: mi amiga María Elena Gómez Ayora, Isabel Braga Cabrera y una servidora, Maribel Uicab Martínez. Somos las tres lobitas, siempre apoyándonos y trabajando institucionalmente. Como amigas también teníamos a veces diferencias en forma de pensar o ver las cosas, pero eso es lo que hace sincera una amistad. Ahora paso a formar parte de la fila de las jubiladas con mi compañera María Elena y dejamos en el camino a la tercera lobita.

No podía dejar de mencionar a mi amiga Rita Gómez. Aunque somos tan diferentes, creo que eso reforzó nuestra amistad. Estoy agradecida con ella por estar siempre conmigo en los momentos de luchas con la autoridad. Tuvimos

encuentros difíciles en el sindicato, pero siempre apoyando y sacando la casta y dando el servicio a los compañeros en las cuestiones sindicales y personales.

No podía dejar de nombrar a la Mtra. Ligia Espadas, con la que pasé muy bonitos momentos y que también siempre conté con ella incondicionalmente; al Mtro. José Novelo, Félix, Vietnina y Lourdes Espadas, quien fue también directora y con la que también colaboré de cerca en una coordinación; y a mi amiga Ana María Rodríguez, con la que también he colaborado muy de cerca y que tenemos la misma ideología y forma de pensar; igual a Mirna, con quien nos retiramos juntas a disfrutar de nuestra jubilación.

En las subsedes tengo también recuerdos y experiencias muy bonitas con todos los coordinadores, los maestros y personal de apoyo que siempre me recibieron muy bien, gente muy amable y cordial: mi amiga ya jubilada Naty, y en Peto a mi amiga Lorena que ya no está, Mayra, Karina, compañeras administrativas. Recuerdo con mucho cariño al maestro Roger Castillo y su linda esposa. Una vez me enviaron a Peto a hacer inscripciones y el Mtro. Roger, que era una persona muy formal, me presentó como la Lic. Maribel Uicab Martínez, que iba como representante de la Secretaría de Educación y de la UPN. Resulta que el lunes llega una chica buscando a la Lic. Maribel, y todavía no estudiaba ni siquiera mi bachillerato. Mis compañeras me empezaron a cotorrear cuando les conté, y desde ese día Elenita y Chabelita me pusieron "la Lic." No podía dejar de mencionar al Mtro. Víctor, quien fue también director de la UPN, y a la Dra. Rosa María Padilla, excelentes seres humanos y profesionales con los que tuve el gusto de colaborar de cerca. Siempre he dicho que la dirección del Mtro. Víctor fue excelente. Agradezco al maestro Fredy Espadas y al Mtro. Mario Gutiérrez el haberme dado la oportunidad de colaborar con ellos. Mi experiencia como secretaria (asistente) del Mtro. Mario fue una gran experiencia y conocí a un gran ser humano y buen compañero de trabajo. El tiempo que colaboré con él me dio la oportunidad de apren-

der de él, como él de mí. Siempre me dio la confianza de ser yo misma, de desempeñar mis habilidades y conocimientos profesionales, y eso se lo agradezco.

La UPN me dio la oportunidad de superarme académicamente, estudiando desde mi bachillerato hasta mi maestría. La UPN ha sido muy generosa conmigo: pude tener un nivel de vida estable para darle educación a mis hijos y un hogar digno. Podría decir mucho más, pero solo me queda decir que los principios y los valores que mis padres me enseñaron los ejercí en mi vida profesional y laboral.

Me voy tranquila, contenta, agradecida con mis compañeros a los cuales aprecio mucho. Los que me consideraron su amiga son correspondidos, y los que no, pues creo que fuimos compañeros. De las malas experiencias me fortalecí y aprendí, y de las buenas me siento orgullosa de mí misma por tener la valentía de no quedarme estancada y superarme aun en contra de las adversidades y siempre con dignidad. Por lo que solo me queda decir: Fe, gratitud y alegría. Así cierro este momento. Terminó un ciclo y continúo con nuevos desafíos y la certeza de que hice un buen trabajo. ¡Gracias UPN!